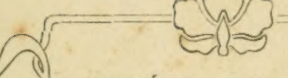


Pedroni, Jose
La divina sed



JOSÉ B. PEDRONI

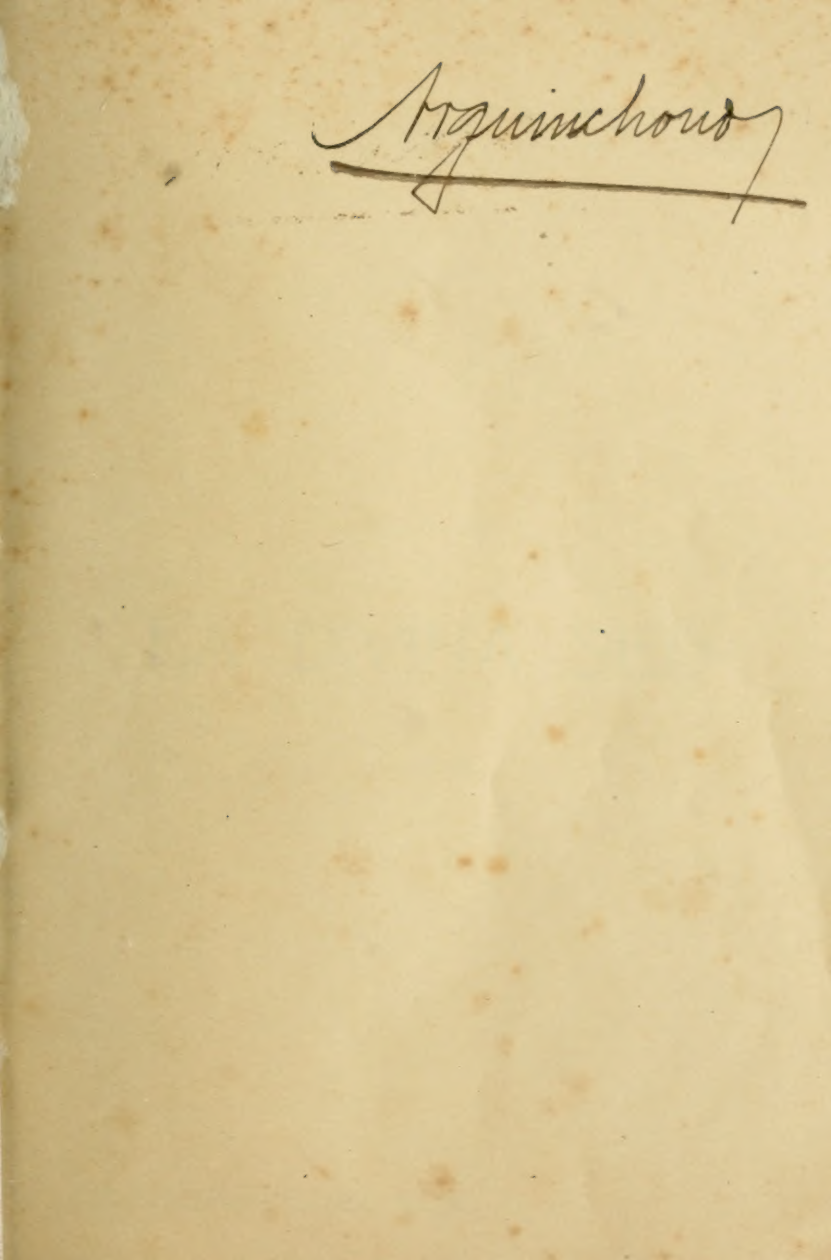
LA DIVINA SED



1920

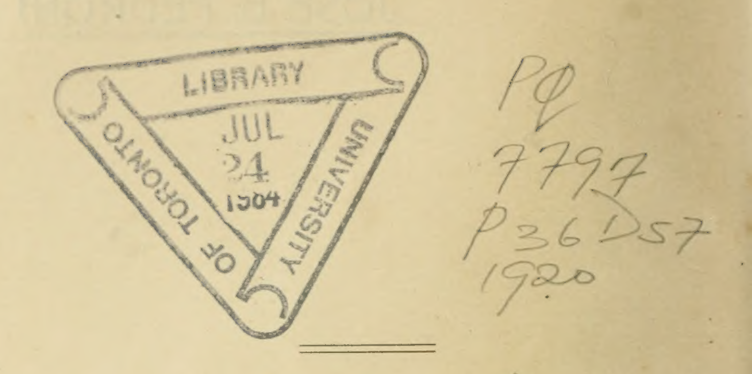
ROSARIO DE SANTA FE

TALLERES DE EMILIO FENNER, RIOJA 1235



JOSÉ B. PEDRONI

LA DIVINA SED



Á

AMADEO F. QUIROGA

GALAXTIA

Aquella mujer grande, rubia y bella
que me besó una noche y en el sueño
me prometió el azul,
¡yo sé que era una estrella!;
por eso siempre voy en busca de ella
por la Vía Láctea inmensa de mi ensueño.

LA NOVIA

Y me dije una noche: — Siento... tengo
necesidad de amor. Yo necesito
para mi angustia acerba
el cariño perpetuo de una novia
que sepa consolarme:
de una novia que pueda ser mi hermana,
que pueda ser mi dócil enfermera
en cuyas manos cándidas yo encuentre
para mi frente mustia
la virtud milagrosa de los pases
salvadores y sanos...
— manos que sepan colocar seguras
alrededor de mis dolientes llagas
la blancura impecable de las vendas!
Necesito las sanas comuniones,
abundantes en mieles y aguas buenas,
de una novia inmortal, tierna, que quiera
arder dentro de mí como holocausto
en el fuego perenne de mis males,
y que sienta un deseo inextinguible
de darse toda entera;
una sed insaciable de ser mártir,
un hambre inaplacable en verse esclava
de alguna voluntad más fuerte y mala.

Yo tengo el alma enferma;
la tengo envuelta en sombras,
y tengo el corazón lleno de nieblas...
Nunca jamás se iluminó una estrella
sobre el silencio de sus noches calvas.
Nunca jamás un sol animó el hielo
en la aridez de sus estepas blancas.

Yo tengo el alma enferma,
no sé si porque es buena o porque es mala;
no sé si por dolor, por sed, por hambre,
por soledad, por frio o por el mismo
calor de infierno que le da su infamia...
Y tengo el corazón que ladra a muerte
en medio de mi noche,
como si fuera un perro miserable,
como si fuera un perro
que enloqueciose de su misma sombra.
Oh, ladrador infame, por qué aullas
así, lugubremente,
en las tinieblas de mi noche larga
donde solo tus ojos de demente
se alumbran y se apagan
como carbunclos rojos...
Oh mastín tan infiel, por qué te alientan
sin cesar esas ansias homicidas
de contagiar tu rabia.

Oh, cómo necesito
el auxilio incesante de una virgen
que sepa consolarme;
de una novia inmortal, llena de gracia,
que tenga un corazón infatigable
y que, dócil y fiel, entre en mi vida
como un chorro de luz entra en la sombra.

Oh, cómo necesito las palabras
salvadoras y buenas, y los besos
insonoros y sanos, y las lágrimas
saludables y tibias de una novia!

Venga esa novia azul, venga esa Higía
con la salud preclara de sus besos
a sugerirme el bálsamo perpetuo
para mi mal acerbo...
Venga esa virgen blanca cual Antígona
con su sed infinita de martirio
a brindar a mis labios su agua buena
en el ánfora cándida que forme
la comunión de sus divinas manos!

LA ULTIMA MISA

Una sinfonía muy lenta y muy grave
lloraban las lenguas cansadas del clave
vetusto del coro. La ojiva vertía
al pie de las aras un rayo violeta
de luz que expectraba la faz imperfecta
del muerto divino...
Suspensa en el óleo de un vaso sufría
la exigua cerilla de la eucaristía...
Inmobles y mudas, a un ansia secreta
unánime y mártir de vírgenes pálidas
fingían llorarle las velas votivas
en lágrimas densas, olientes, furtivas
y blancas y cálidas...
Y al par que del áureo turíbulo en suaves
cadencias subía sahumando las naves
el humo azulino,
cantaban los fieles un himno latino.

Y entró la novicia del hábito blanco...
— la de húmedos labios, monótono flanco
nupciales ójeras y ambigua pupila
de luz infinita...
Con paso insonoro llegó hasta la pila
del agua bendita.
En un gesto fácil y lánguido y breve
sus dedos de viejo marfil de sibila
salaron apenas sus yemas de nieve...
Signóse y en seguida, con tímido apuro,
buscando el refugio de un ángulo oscuro,
se hincó sobre un banco
La blonda novicia del hábito blanco.

Yo estaba en el fondo atrás de un sepulcro
de piedra y decía:
"Oh, si ella supiera... Oh, si ella sabría...
Oh, si ella adivina,
que a todas las horas que vengo quisiera
besarle aquí mismo su nuca de cera,
su frente de mármol anémico y pulcro,
sus manos de nieve, su sien ambarina
su cuello de leche, su barba de harina...
¡Oh, si ella adivina!

Su voz no extravía, sus rezos no anula
la muda demanda de mí? ¿Disimula?
¿No es obra de mi ansia profana y secreta
la tinta que suda su ojera violeta?
Oh, blonda novicia de pálidos dedos
olvida la misa, suspende tus credos;
deja que en tu falta de tibios beleños
mis sienes se abismen y todos mis sueños
se sientan hermanos,
y tú en mis cabellos, y tú en mis melenas
enreda tus manos,
tus manos queridas, piadosas y buenas.

Y a paso convulso, sonámbulo, lento;
vencido en silencio, sintiéndome hambriento
de alguna palabra, de alguna caricia,
llegué hasta aquel banco
do inmóvil estaba la blonda novicia
del hábito blanco.

Y fué que su nuca
sintió que un aliento bestial le caldeaba
su cera caduca...
Mi boca profana con voz que imploraba
la sal del pecado,

"Oh, amada, — le dijo — Me turba tu calma;
tus misas me enferman... Devuélveme el alma
o llámame: "Amado".

Herida en su rezo tembló la elegida...
Haciendo un gran gesto de susto y de huida
se ahondó su pupila....
Como un pensamiento nubló su entrecejo,
y a un mal se agarraron sus dedos de viejo
marfil de sibila

"Novicia, te amo!" repuso a su miedo
mi boca que ansiosa pugnó por un beso.
Y dijo la blonda: — "Por Dios, no hagais eso...
Ya estoy prometida. Piedad; yo no puedo.

Después, sollozante; después, muy aprisa,
del ángulo oscuro se fué la clarisa...
huyendo a mi exceso
sin una palabra, sin una caricia,
sin un solo beso...

. . . .

¡Novicia! ¡Novicia! !Novicia! ¡Novicia!

———

LA FLAUTA DEL SATIRO

Plenilunio vernal. Ni un movimiento
se nota en la tersura de la linfa
tranquila del Peneo. Hace un momento
que en su riva silente hay una ninfa.

Ligeramente pálida la luna
en el azul monócromo se ahonda,
y a su nostalgia láctea se le aduna
la gran melancolía de la fronda.

La atmósfera está lánguida y el viento,
deteniendo cansado el raudo giro,
toma la humedad tibia del aliento
y el sentimentalismo del suspiro.

Y la náyade griega a quien la luna
la desnudez sagrada le ilumina
con su plateada luz, tiene como una
irradiación de estatua alabastrina.

Tiene en las cejas un color de plomo;
en los húmedos iris una gualda
luz, y le caen sus cabellos como
hilos de pláta líquida en su espalda.

Por sus muslos turgentes y nevados
todavía resbala el agua y juega;
por sus muslos armónicos arqueados
como los brazos de una lira griega.

Y en sus mamilas rectas y turgentes
a ratos se iluminan cual lucernas
sus pezones al par que dos serpientes
le suben lentamente por las piernas.

De repente se ve como si algo
se mueve atrás de un arrayán copudo...
Y jubiloso y ágil como un galgo
salta gritando un sátiro velludo.

La ninfa sorprendida da un agudo
y penetrante grito, y presurosa
corre a ocultar al sátiro peludo
en el líquido azul su cuerpo rosa.

El semidios audaz y lujurioso
viendo a la ninfa nuda que se pierde
con un gesto burlón, tiembla furioso
y su labio inferior con rabia muerde.

Después, a saltos rápidos, se allega
a una roca cercana. Allí se sienta,
lleva a la boca la siringa griega
y con segura lentitud la alienta,

Y entonces se diría como si una
solemne aprobación le da la fronda
con su melancolía y que la luna ,
para oirle mejor, se desahonda.

De entre los mirtos en verdor contentas,
las dríadas que tienen pelos de oro
se asoman a escuchar aun soñolientas
del caramillo el desgranar sonoro

Y allí, en la linfa azul, fresca y discreta,
también se asoma, temerosa y cauta,
la náyade que huyó, para oir, inquieta,
el sonido armonioso de la flauta.

HIMNO DE AMOR

Salve!, virgen azul y rebelde,
favorita inmortal de mis versos
que me aumentas por ser implacable
la tristeza perpetua del alma;
que me aumentas la sed de infinito
y me agravas las ansias dementes
de apagar mi dolor en las sombras
más hermanas que tú de la muerte!

Yo no sé qué capricho recóndito
sin piedad a tu vida me envuelve,
a pesar de que siempre te siento
imposible de ser alcanzada;
a pesar de que siempre en mis horas,
si te ven mis miradas muy cerca,
te adivinan mis ansias muy lejos
y te saben muy mala mis lágrimas.

Cuántas veces me olvido en mi noche
y te miro en el cielo del sueño,
sin poderme explicar tu silencio
y queriendo medir la distancia...
pero luego, sonámbulo, al verte
tan serena en tu azul me respondo:
"Qué lejana estará si no siente
ni la intensa demanda del alma!"

Yo quisiera saber si han llegado
las bandadas de alondras amigas
que partieron ayer de mi fronda
para el vasto jardín de tu imperio.
¿Se ha sentido en tu aurora el gran coro
celestial de sus cándidas golas
y el rumor musical que te hacían
al compás sus cien alas azules?

Yo quisiera saber si te alcanzo
con el lírico idioma del verso
cuando ensayo decirte el encanto
de tu augusto silencio de estrella,
y la extraña dulzura y la ambigua
inquietud que difunde en el alma
tu misterio tan hondo, tan hondo...
¡Yo quisiera saber si te alcanzo!

Yo quisiera saber a qué estirpe,
que ha de ser favorita del cielo,
pertenece ese signo que lleva
en su blanco entrecejo tu frente,
y quisiera saber de qué antigua
escritura divina es la viva
y visible palabra que tienes
en la forma sin par de tus labios.

Oh, tus ojos de schiva! ¿Qué dice
la elocuente mudez de tus ojos?
Yo diría que veo en su abismo
palpitar como el cuerpo de un himno;
de un gran himno a la luz muy antiguo
y sagrado y triunfal como aquellos
que escribieron los vates bracmanes
para gloria inmortal del Rig Veda.

Oh, tus manos de noble! Oh, tus manos
sibilinas y blancas... tan blancas
que mis ojos al verlas las piensan
como a láminas sueltas de luna.
El relieve gentil de sus venas,
será acaso un escrito que indica
a qué frentes preclaras de dioses
deberán oprimir esas manos?

Piedad, virgen azul, pues me ufano
por dejarte de amar y ocultarme
a la gran atracción de tus ojos
en alianza filial con tus manos;
pues comprendo al sentirte distinta
y al saberte elegida del cielo,
que no puedes así ser amada
sin verguenza sino por un Dios.

. . . . . .

POSTALES

Mi alma fué siempre como un huerto. En ella
la primavera, aunque caduca, existe:
Hay, ¡si los vieras! lirios que en secretas
languideces de amor están violetas
y hay otros que, de tristes,
se han puesto ya más blancos que una estrella.

Nunca a esos lirios, en un gesto breve,
una boca ducal quiso besarlos
ni una mano ensayó decapitarlos
con sus alfanjes de marfil y nieve.

Estaban, como pálidas princesas,
tumbados de dolor, con la tristeza
helada en la mañana
profundamente azul de sus pupilas
y con la melancolía hecha sultana
en la humedad de sus ojeras lilas.

Cuando llamó tu voz y con tu mano
abierta ante mis ojos tu celeste
demanda dijo así:
—Dame una flor, hermano...
Y yo, corriendo hasta mis mudos huertos,
busqué con ansia entre los lirios muertos
y encontré vivo todavía a éste.

Porque me quieres aprendí a llorar...

Porque me quieres ya no soy sereno
y en mi derrota no me encuentro más:
Me veo pálido y me siento bueno
y me sé débil de volverme atrás.

Porque me quieres ya no sé engañar...

Porque me quieres ya no sé de antojos
y me he olvidado de volcar el mal:
Me siento dócil dentro mí y mis ojos
han aprendido a humedecer su sal.

Fué en mi desvelo tu mirar tan sano
y fué tan blanco para mi tu bien,
que el pecho mío quiso ser tu hermano
y blanco y bueno quiso ser también.

Porque me quieres aprendí a llorar...

PROPOSITO

Tiene un color de gloria y una buena
fragancia tímida a jazmín-del-cielo
tu pañuelito mío en cuyo vuelo
está tu nombre favorito:. ELENA.

La forma de tu nombre qua a una vena
de relieve ducal finge, o al rastro
furtivo de una lágrima que al astro
de tus pupilas inmoló la pena.

Y ahora, escúchame: Si un día fuera
que en desafío por tu miel querida
en el pecho, de muerte, alguien me hiriera,

busca tu pañuelo y en mi herida
aplícalo por venda hasta que muera
para dejarte en él toda mi vida.

EL ENCANTO DE TUS OJOS

Los poetas deben amar los ojos verdes. — R. Darío.

Me gusta ver tus ojos, tus ojos de aquiescencia
divinizando siempre la nieve de tu faz
con el poema vivo de su benevolencia
y el salmo saludable de su infinita paz.

Me gusta ver tus ojos de pensativa lumbre
abiertos como lagos de un valle de piedad
con las palabras buenas de amor y mansedumbre
visibles en el limpio cristal de su humedad.

Me gusta ver tus ojos por buenos y por bellos
y porque mitigaron la fiebre de mi mal;
me gustan por ser verdes y porque fué con ellos
que yo enseñé a los míos a humedecer su sal.

Me gusta ver tus ojos porque su hipnosis sana
sugiéreme una esclava necesidad al bien
y trueca la malicia de mi ilusión profana
en un ensueño dócil y blando de Belén.

...Porque en el fondo claro de su mirada hermana
encuentra mi alma siempre la bondadosa unción
para engañar sus penas y despertar mañana
contenta de haber visto las vírgenes de Sión.

...Porque en su amor encuentro la curativa malva
para eludir la insania satírica de Hamlet
y hacer como una aurora mi noche que era calva,
mi noche que habitaban las brujas de Macbeth.

...Porque bajo su influjo mi musa que era eterna
sintio los matutinos crepúsculos de Adán
y llena de ternura se calentó en su lana,
como en la oveja blanca la testa de San Juan.

...Porque me abuena el cuento de su mirada ambigua
más fácli y más tierno que aquel de Alí-Babá
y más bello que todos los cuentos de la antigua
leyenda que encantaban las noches del Rajah.

Me gusta ver tus ojos de comuniones pías
cuando de tu imposible te implora mi inquietud
con tus queridas manos vencidas en las mías
en uno como gesto de muda esclavitud.

Porque, cual si supieras la angustia del pecado,
hecha humedad salada solloza en su cristal
tu súplica insonora: "No me hagas daño, amado;
confórmate en mis besos y olvídate del mal.

Y entonces, oh, cuán bello —sintiéndonos hermanos —
es en tu falda tibia mi testa reclinar
para que en mi melena tus adoradas manos
sus dedos literarios empiecen a lustrar.

Y "Amada" —sollozarte —perdona mis antojos
y para que me unja de tu inefable bien
con las sagradas lágrimas de tus amados ojos
aquí, hasta que me duerma, bautízame la sien.

CIELO DE UNA MAÑANA DE INVIERNO

Si sus ojos son glaucos, vete a verla
cuando la luz del sol huya en la noche
y, fingiendo impiedad, hazle un reproche
que tenga la virtud de entristecerla.

De tal manera que la sal helada
y sensible de su alma se diluya,
manifestando la tristeza suya
en el abismo azul de su mirada.

Y habrá llegado entonces el momento
para que mires ese firmamento
bajo el cristal de su humedad salada;

Si quieres ver el inefable cielo
de esta mañana cándida de hielo
en las pupilas mismas de tu amada.

LA CAMPIÑA DORMIDA

— —

Mediodía... Oh, el profundo y adorativo
silencio del villorio donde vivo!
Oh, la serenidad triste y abacial
de sus antiguas casas! Oh, la melancolía
evangélica de sus frondas y la monocromía
nostálgica de su cielo primaveral!

Me he subido a la parte más alta del molino
y veo aquellos árboles distantes del camino
como si fueran monjes en lenta procesión...
Oh, la pradera dócil y verde que confiesa
en un lenguaje mudo la ingénita tristeza
tan resignada y cándida de su prolongación.

Allá, en el fondo claro y lejano del levante,
un álamo muy alto parece en este instante
un pájaro gigante picando en el azul...
Oh, el suspiro del aura pensativa! Oh, el aliento
sentimental del aura: húmedo tibio y lento,
con olor de alfa verde y de trigo garzul.

Allí, más cerca, veo la fronda de laureles
donde siempre, a esta hora, con sus blancos lebreles,
está mi buena amiga: la chica espiritual...
Oh, la sublime y dócil emanación que viene
de esa casita rústica que en su huertita tiene
poleos olorosos y un gran yerbabuenal.

Allá, en la vega oblicua, la lengua serpentina
del apacible riacho se cala cristalina
como una hebra de plata por entre el salcedal...
Oh, la melancolía de los salces del riatillo
donde turnan sus cantos la torcaz y el cuclillo,
y a veces la calandria, y a veces el zorzal.

Aquí en esta casita que tiene un eucalito
tan alto y oloroso vive solo un viejito
de barbas patriarcales y manos de oración...
Cómo me gusta verlo regando el jardincillo
donde tiene poleo y tiene romerillo,
claveles reventones y rosas de Borbón.

Mediodía... Oh, el profundo y adorativo
silencio del villorio donde vivo...

AL DIOS PAN

Oh, divino Pan, dime que es cierto
que tu "syrinc" de caña no se ha roto;
que mentía gritando aquel piloto
en la calma marina: ¡El Pan ha muerto!"

Dime que todavía está en acecho
el sátiro de amor, que en la explanada,
dando caza a la dríada asustada
le mordía el pezón rojo del pecho.

Que en las verdes campiñas arcadianas
aún la música undísona desgranas
por los tubos audaces de tu flauta,

Y que desde las ondas del Egeo
eternamente te contesta Orfeo
con su valiente lira de argonauta!

MALDAD

Yo sé de tu dolor... y yo no puedo
resucitarte el bien con mi poesía;
porque si tu mal acerbo me da miedo,
más miedo me daría tu alegría.

Porque sufro también y necesito
para la angustia mía,
toda la angustia amarga de tu grito;
y para satisfacer mi sed lasciva,
toda la sangre de tus labios rojos
con la humedad salada de tus ojos
y la espumosa miel de tu saliva!

LA ELEGIDA

La enferma está en el lecho. Cual por una
exhalación se ha hinchado la cortina
y por la puerta abierta entra la harina
pulverizada de la media luna.

En actitud inquieta está un viejito
al lado de la cama de caoba
y la atmósfera tibia de la alcoba
ha sido fumigada de eucalito.

Ada... —demanda el viejo— y una yerma
y sufrida mano alza, que insegura,
cae temblando sobre la blancura
maravillosa de la frente enferma.

La paciente despierta, mira, gime,
hace como un esfuerzo sobre el lecho,
lleva sus manos cándidas al pecho
y en un gran gesto de dolor lo oprime.

Asi queda un momento. Lentamente
sus manos se desprenden, y subiendo,
van a saber quizás lo que está haciendo
la otra mano que está sobre la frente.

Pero no: se detienen, y como ante
un pensamiento trágico, se muerden,
resbalan por la sábana y se pierden
en la tibia blancura del bramante.

Ada...— demanda el viejo nuevamente
con una voz que se hace implorativa,
sin retirar la mano pensativa
y blanca de dolor que está en la frente.

Hay una pausa larga. El viejo mira
el crucifijo antiguo y en sus ojos
que se ponen inmóbiles de hinojos
la mirada cansada le suspira.

No me la quites, Dios, — dice el reflejo
de sus pupilas pardas do la pena
humedece su sal. Vedla: ¡es tan buena
y tan niña! y vedme a mí: ¡soy tan viejo!

Y la impasible imagen dolorida
parece que se anima en el madero
y en un gesto fugaz dice: — "No quiero.
No quiero porque nó... ¡Ya está elegida!"

LA HORA ENCANTADA

Venid a gozar de la noche, que es el
día de los espíritus. — Bécquer

Noche de melancolía. Se levanta
en el azul el plenilunio ingente
y en la quietud de los jardines canta
la gárgola burlona de la fuente.

Noctívagas lucernas se iluminan
relampagueando en la musgosa alfombra
y los rosales de dolor se inclinan
como si se apiadaran de sus sombras.

Del lago de agua azul y blanca espuma
el viento finge un "Ah" de las cabrillas,
un suspiro de amor que se perfuma
en los laureles verdes de la orilla.

Por las combas de chopos que en escala
cierran al huerto antiguo haciendo broche,
como si fuera líquida resbala
la plata luminosa de la noche.

La plata luminosa, la lontana
e indefinida luz que no calienta
y que al adivinarse en la fontana
la gran dulzura del misterio aumenta.

En la fontana donde el chorro brinca
y se enarca con gracia voluptuosa
para caer en la leonina rimca
haciéndole la interminable glosa.

Oh, la leonina rimca iluminada
en cuyos bordes húmedos las ninfas
en actitud de calma están sentadas,
apoyándose en la urna de la linfa.

Oh, las ninfas de Grecia; oh, las antiguas
juventudes de mármol que en el alma
difunden una encantación ambigua
con su actitud de adorativa calma.

Y allí, en el fondo tenuamente oscuro,
los pinos altos que hablan al espacio
monjes se fingen protegiendo el muro
claustral y ennegrecido del palacio.

Monjes agigantados que hacen suaves
gestos de adoración y como una
salutación con sus cabezas graves
al luminoso labio de la luna.

Y se diría ahora que la gaya
luz de la luna tiembla y se diría
que en la fronda dormida el aura ensaya
un "ritornello" de melancolía.

De repente en el huerto todo adquiere
una actitud de espera y en seguida
se aprofunda el silencio que sugiere
la ausencia momentánea de la vida.

Las auras se atenuan. Es más lento
el aliento del lago. Sobre el cielo
se afemina la luz y en el momento
suspenden las luciérnagas el vuelo.

y hasta parece que la sombra adopta
una nueva postura, aun más silente.
Solo en la gran quietud salta y borbota
el chorro interminable de la fuente.

Oh, cuán bella es la cándida armonía
de la quietud nocturna que se abisma:
Un insonoro "¡salve!" se diría
que sale de la boca de la misma.

Y "adoremus" dicen las pensativas
juventudes en coro con la fronda;
"adoremus" las auras sensitivas
y "adoremus" la luna que se ahonda.

(Pausa)
¿Qué? Diríase que he oído
como un rumor de pasos. Alguien anda
como si se empeñara en no hacer ruido
sobre la alfombra humedecida y blanda.

Alguien anda despacio... Oh, allí cruza
como una sombra azul. Ya se detiene.
Ahora marcha otra vez... ¿Será una musa?
¿Quién es? ¿A dónde va? ¿De dónde viene?

Y llega hasta la fuente. Allí se para
como detenida por la belleza
de una ninfa inmortal. Sobre su cara
cae ahora la luz... ¡Oh, la princesa!

REPLICA

A la que me dijo "Ven"

En la continuidad de la pelea
por la conquista eterna del Toisón,
yo quiero una mujer que cual Medea
me inflame de valor como a Jasón.

No quiero ser un Hércules de idea
y dejar que una Onfala me de caza,
para olvidar el cuero de Nemea
y la manera de empuñar la maza.

Yo quiero una mujer sumisa, cauta,
y a la vez decidida, cuyo lloro,
cuando deba llorar, muera en mi flauta.

Yo quiero a la Calíope del coro
y a la Palas que ayuda al argonauta
a conquistar el vellocinio de oro.

EXPULSION

Amada, ¡si lo sé!: Es un maligno
sobresalto de sed... Oh, tú quisieras
olvidarte del mal, borrar el signo
que se hizo irremediable en tus ojeras!

Amada, ¡si lo sé!: Para tu pena
necesitas del bien, de un agua ignota
que no contenga sal, de un agua buena...
¡Y yo de ésa no tengo ni una gota!

Amada, ¡si lo sé!; pero en mi vida
mis manos nunca ataron una venda...
Si en silencio no puedes con tu herida,
cuando quieras gritar sal de mi tienda.

No me digas:— "¡Consuélame!" —No implores
un bien que es imposible en mis despojos...
Yo ya sufro demás para que llores
y desnudes tus llagas a mis ojos.

Yo no sé consolar; yo no sabría
decirte solo una palabra tierna.
Mi corazón vivió fuera del día
y ladró siempre en una noche eterna.

Entonces, ¡déjame!, pobre perdida.
No me enseñes tus lágrimas. Inmola
tu tristeza inmortal y con tu herida
afuera de mi tienda llora sola...
¡Pero no me lo digas!

NOLI ME TÁNGERE

A una perdida

¡Atrás, mujer! ¡atrás! Esconde el seno
que hinchado de maldad, casi demente,
sitibundo saltó como serpiente
para morder e incoular veneno.

¡Atrás, estigma! ¡atrás! ¡Atrás, insana!
erótica, lasciva... ¡Atrás, perdida!
No he de ser yo quien curará tu herida
si fué incurable el mal de la romana.

Si fué incurable el mal de la asesina,
de la lúbrica y bárbara Valeria,
de la esposa de Claudio: Mesalina;

ninfómana, maniática del lecho:
no he de ser yo quien curará tu histeria,
ni he de ser yo quien dormirá en tu pecho!

SOR MARÍA

Allí está la monja, más blanca que un ampo,
que pura azucena del místico Hebrón.
Diríase un ave nevada de campo
que está prisionera de la religión.

Que allí se consume, que allí se marchita,
que allí languidece vedada de sol;
que adora y creyente los salmos recita
pasando las horas en el facistol.

Allí en el santuario do nadie se asoma,
silenciosamente, prendiendo el blandón,
se tumba reclusa como una paloma
la víctima virgen de la adoración.

Su boca divina, su boca inviolada,
jamás a otra boca pecando se unió:
Su boca de rezos es boca sagrada
que solo en la boca de Cristo tembló.

Su carne de virgen es carne intocada:
No sabe de besos de humana pasión.
Es carne de un alma que está amartelada
del alma soñada del Santo Varón.

Oh, monja tan débil que a poco te extingues
leyendo salterios y haciendo oblación,
en tus comuniones ¿qué ves? ¿qué distingues?
¿por qué te condenas a tanta expiación?

Tus áureos cabellos cortó la tonsura,
tus finos cabellos cual fibras de sol;
y así, toda blanca, metida en clausura,
renuevas los salmos sobre el facistol.

Tus manos exangues semejan dos lises,
dos lises piadosos de extremo palor
con muchas venitas azules y grises...
Diríanse lises que mueren de amor.

Tus ojos azules, tus ojos rasgados,
que extáticos miran con honda bondad,
se espiritualizan como ojos sagrados,
como ojos parleros de alguna deidad.

Tu cuello está grácil, tu frente está pálida,
tus dedos se alargan cual hebras de luz...
Oh, monja, pareces devota crisálida
que expira sumisa delante la cruz.

DE DÍA

Día estival, tranquilo y silencioso.
Son las dos de la tarde. El sol molesta.
Yo estoy en la glorieta y tú haces siesta,
refugiada en el pie del pomaroso.

Sobre el líquido tibio de la fuente
melancólico el ánade se tiende
y parece, animado, que pretende
meterse el fauno al agua de repente.

Los pececitos blancos y dorados
en los amplios tazones, agrupados
se ven bajo las ovas tuberosas...

y el viento zumbador que corretea
trae un aroma a nardos que marea,
arrastrando perdidas mariposas.

DE NOCHE

Noche estival. La altísima Artemisa
platea el cielo, luminosa y clara.
Un céfiro templado se desliza
silbando con placer... y a ratos para.

Noche de plenilunio, tibia y sana,
con aroma de fruto sazonado.
Se oye caer cual lluvia en la fontana
del surtidor el chorro destrenzado.

Y en la linfa que duerme en la piscina
en un débil color de crisoprasa,
la luna los pescados adivina
bostezando agrupados en la taza...

De repente un meteoro se ilumina
y, fugitivo, por el cielo pasa.

LA BACANTE

Allí, semidesnuda, tambaleante
con pampanoso ramo en el cabello,
se salpica de vino el blanco cuello
y se ríe la neófita bacante.

Bebe y bebe atontándose y bosteza
con la estúpida risa de la loca;
grita y eructa vahos por la boca...
hasta que intenta un paso y se tropieza.

Un minuto después está dormida,
tumbada sobre el suelo, la perdida
que ha bebido en la taza de Sileno...

Cuando un quirite que babea pasa:
la pisa, la levanta, se la abraza,
y brutalmente le acaricia el seno.

LAS VIRGENES BLANCAS

(Diana, las Asias y las Oceanias)

Muy altas, muy rubias, muy grandes, muy bellas...
—las corvas vibrando, jadeantes los pechos,
desnudos los túrgidos senos derechos,—
en grupo parecen pedazos de estrellas...
las vírgenes blancas.

Muy altas, muy bellas... Las lenguas de un astro
semejan en bandas sus blondos cabellos;
diríanse chorros de fuego en sus cuellos,
queriendo ocultarles su níveo alabastro.

Gargantas flexibles de cisnes soñados
en lagos ignotos de undísonas linfas,
semejan los brazos de todas las ninfas:
desnudos, perfectos, redondos, nevados.

Un jugo sangriento de fresa y de grana
destilan sus labios como un embeleso
que tiemblan triunfantes y niegan el beso,
temiendo el castigo de la capitana.

Panículas tibias de lises de Oriente
de claras corolas y azules pistilos,
de lises que ofrecen las rivas del Nilo,
traslúcidas fingen sus manos olientes.

Cual húmedas perlas de lagos sellados,
de lagos azules de un halda insoñada,
las glaucas pupilas de las invioladas
rutilan y alumbran sus rostros sagrados.

En todo aquel grupo de castas doncellas,
de arqueras muy rubias, triunfantes, derechas,
con sendas aljabas repletas de flechas,
hay una más alta: ¡parece una estrella!

Más seria, más bella... Mujer luminosa
de eurítmica talla cantante, divina,
diríase un astro de faz femenina
que blondo camina... ¡Es Diana la diosa!

Es Diana la diosa que adora Tauridia:
muy grave y severa, de armónica eutesia.
Por ella inmolaron los pueblos de Grecia,
por ella temblaron los reyes de Lidia.

Es ella la reina que gusta en maniguas
cazar con las ninfas que Jove le diera...
Oh, vírgen perpetua, fatal y hechicera,
que siempre envidiaron las Hebes antiguas!

Un sol de nostalgia sangriento naufraga
en el infinito de un cielo ambarino.
Diríase un ojo de fuego y de vino
que suda y que flota, revienta y se apaga.

Crepúsculo rojo. La brisa que juega
un poco de sombra muy tenue ya lleva,
y un Pan invisible con arte renueva,
soplando en su flauta, la música griega.

Y todo aquel coro de vírgenes bellas
que exploran un bosque de Arcadia cazando,
tendidos los arcos, las corvas vibrando,
parecen divinos pedazos de estrellas...

De pronto una cierva la armada partida
descubre asombrada saltando a un repecho;
se arredra, se estira, le tiembla ya el pecho,
da un salto muy ágil y ensaya la huida.

Es tarde... De un arco la flecha celosa,
certera y alada, la alcanza en seguida.
La cierva da un grito, se tumba, y herida,
resbala muriente a los pies de la diosa.

EL CANSANCIO DE CLAUDIO DE ALAS

Oh, magno visionario, rebelde y luminoso:
yo aplaudo tu gran gesto de fuerte victorioso,
sonámbulo de ritmo de muerte y de dolor...
Me gusta tu desprecio postrero hacia la Vida
y envidio tu triunfo glorioso de suicida
al silenciar tu lira de vate superior.

Oh, pájaro divino que en armoniosos vuelos
quisiste en tu demencia llegar hasta los cielos
para clavar tu pico en su intocado tul:
yo creo que tus alas enormes se enredaron
en los cabellos blondos de estrellas que te amaron
y agigantaron tu hambre del infinito azul.

Oh, pájaro divino de pico marfileño,
tumbado de cansancio, sediento del gran sueño,
que armónicas plegarias rimaste sobre el mar;
yo aplaudo tu gran gesto libertador y fuerte
y envidio tu connubio perenne con la Muerte...
pero también me siento mareado de pesar.

Oh, pájaro divino que en armoniosos vuelos
quisiste en tu demencia llegar hasta los cielos...

ENFERMEDAD DIVINA

Crepúsculo vernal, fébrido y rojo.
Son las seis de la tarde. Helios castiga
los alígeros machos de su biga
y echa fuego del ojo;

fuego y vino, tiñendo todo el cielo
que bulle empurpurado, resplandece;
y por momentos sangre me parece
que sude sobre el suelo.

A una franja del cielo, violescente,
con un lanudo cúmulo alargado,
la efusión no alcanzó y se ha salvado
allá, por el oriente.

Y un gran lago letárgico semeja;
una pupila inmóvil que atisbara
la orgía celestial y que llevara
una nube por ceja.

El mundo sublunar, hipnotizado
también por la caricia de aquel ojo,
está tumbado, sí, y está de hinojo:
está paralizado.

Eolo mismo, el volador perenne,
fingiendo mansamente haberse haitado,
no juega con las briznas y ha adoptado
una quietud solemne.

Las nubes no se mueven y en bandadas
como garzas están. Tienen celajes,
y tienen erizados sus plumajes,
y están como cansadas.

El huerto está tranquilo. Se aneblina
del surtidor el chorro que se cala
por la comba de un yambo y que resbala
cayendo en la piscina.

Amada, ven... — desaparece el astro—
Dame tus manos cándidas y frías
que quiero calentarlas con las mías...
¡tus manos de alabastro!

Amada, ven y siéntate a mi lado.
Dame tus manos flébiles y toca
con tus labios de piéride mi bóca...
¡mi boca de pecado!

Siéntate aquí, sobre el oblongo escaño
y deja que te bese hasta marearte;
yo quiero mi locura contagiarte...
¡y mi locura es daño!

Una locura ingénita y aleve,
como si fuera el alma de mi abismo.
incorpórea y tenaz dentro mí mismo
parece que se mueve.

Es una enfermedad que me maltrata;
es algo que nació con mi existencia:
fiebre de luz, rarísima demencia
que estruja y que arrebata.

Hay momentos que mengua, que parece
le inspiro compasión, y entonces calma,
me abandona la frente, deja el alma,
¡mas no desaparece!

Observa en mi semblante; en él se anuda
toda la fiebre y todo el sufrimiento...
Tiembla el dolor en mis ojeras, siento
que por mi frente suda.

Suda y resbala como mirra oculta
que se desborda de una llaga humana...
¿No ves cómo gotea, cómo mana?
Acércate y ausculta.

Acércate y ausculta aquí, en mi pecho,
No oyes así como el roncar lejano
de alguna tempestad de un oceano
que se sintiera estrecho?

¡Es mi maldita enfermedad que brama!,
se estira, se agiganta, y afanosa,
quiere tragarme el alma pavorosa
que inútilmente clama.

Cuando la fiebre consutiva deja
de evaporar mi sangre y no me abrasa,
dándome tregua, siento que me pasa
la insania que me aqueja.

Siento que vuelvo entonces a la vida
cual de un sonambulismo misterioso.
Es cuando tú me encuentras cariñoso,
carísima Perdida.

Es cuando estoy tan bueno y tan travieso;
cuando le canto a tu impoluta frente,
cuando hago versos de tu boca ardiente
que largamente beso.

Pero, después, el hambre de ver mucho,
la sed inaplacable al Infinito,
me estrellan con el monstruo de granito...
¡y con la Esfinge lucho!

Y en esa lucha con la mole muda
vuelve la misma fiebre y nuevamente
con la insania el dolor que por mi frente
como una mirra suda.

¡Oh, blonda faunesita! ¡Oh, mi Perdida!,
el sol ha terminado su carrera,
Véspero está en el cielo y reverbera...
¡Volvamos a la Vida!

———

LA HUIDA DE LA AMADA

...Y que lejos te has ido en raudo vuelo
por el miedo que dábate yo mismo
con la profundidad negra de mi abismo
y la demencia roja de mi cielo.

Tú querías en mí tan solo el santo
himno de amor y esclavitud; no el grito.
Ignorabas que a veces soy granito
y que me vuelvo águila y no canto.

Tus encantos inútiles han sido
para postrarme ante tus pies vencido
y hacerme anclar el "argos" navegante.

Yo nunca me detengo; siempre sigo,
sereno y fuerte en mi navío amigo
por el mar de la Gloria hacia adelante.

VENCIMIENTO

Tu libertad me mata. Yo quisiera
que nadie, pero nadie pueda verte,
y en una torre altísima tenerte
indefinidamente prisionera.

Para serenamente vigilarte
como un pájaro azul hecho de ensueño,
y así, apaciblemente, como dueño,
siempre hacerte cantar y acariciarte.

Allí yo solamente sentiría
tus cándidas palabras y vería
de tu cuerpo el más leve movimiento

Allí tan solo yo te tocaría
con el aire y la luz...; mas, todavía
quizás me fuera infiel tu pensamien

PLEGARIA

Cómo nos querías, cómo nos querías,
buena hermana nuestra, cuando tú vivías,
¡cómo nos querías!

Siempre te lloramos,
ardorosamente...

Siempre sollozamos
tu silencio augusto, misterioso, amargo,
en las horas graves de tu vuelo largo
por lejanos cielos...

Siempre te lloramos
silenciosamente, y nos preguntamos,
temerosamente, como en inconsciencia,
si ha de hacerse eterna tu sentida ausencia

Y nos preguntamos, todos tus hermanos,
si en nuestras cabezas tus queridas manos
como lirios tibios ya no han de enredarse;
si nuestras esperas han de prolongarse
infinitamente...

Oh, por qué no vienes
a posar de nuevo sobre nuestras sienes
tus amados labios, húmedos y rojos,
de insonoros besos...

Oh, por qué tus ojos
ya no nos alumbran las rebeldes sendas,
y por qué tus manos no colocan vendas
sobre nuestras llagas...

Nuestras manos pálidas
en la sombra tiemblan y como crisálidas
buscan el regazo de la hermana aquella
que entibió sus alas con calor de estrella,
y las almas nuestras ya sin el halago
de tus voz preclara, como en un gran sueño
se han quedado inmobles, se han quedado yertas
frágiles y blancas como novias muertas.

Ya hace un año hermana, que sin la ambrosía
de tus besos buenos y sin la alegría
de tu risa dócil y tu suave canto,
como un vaso débil se rompió el encanto;
y hubo de repente sobre nuestros huertos
un olor de rosas y jazmines muertos.

Ya hace un año, Estela, que el Dolor alarga
para que bebamos una hiel amarga
que disgusta el alma...
Oh, por qué no vienes
con el agua dulce que tú sola tienes
como amable néctar en tu cantimplora.
Oh, por qué no traes, princesita mora,
otra vez las linfas, para tus hermanos,
en los huecos tibios de tus buenas manos.

Ya hace mucho tiempo que aquí todo llora,
que aquí todo llama, que aquí todo implora,
silenciosamente...
Oh, tu cantimplora
llena de agua dulce, princesita mora!

Ya hace mucho tiempo que en las noches calvas
nuestras almas claman tus amadas albas,
y que en la nostalgia nuestro huerto espera
el retorno amable de tu primavera.

. . . .

Cómo nos querías, cómo nos querías,
buena hermana nuestra, cuando tú vivías...

———

LA DIVINA SED

(Nochebuena)

Princesa del divino imperio azul, ¡quién
besara tus labios luminosos..! — Darío.

Y dijo la abuelita del diente solitario
y la peluca gris:
— A medianoche,
por aquel vidrio roto, entrará a vuestra alcoba
el luminoso coche
de las siete cabrillas que tira el dromedario
de la grande joroba...
¡Nietos, poned los zuecos!
que del cielo ya bajan en armonioso coro
los ángeles alados de las cornetas de oro,
cargados de muñecos.
¿No oís rumor de alas? Pronto... pronto... Ya es hora
de pedirme las cosas que os traerá la Aurora.
Y dijo la pequeña:
—Abuela, yo me muero
por una gran muñeca que acaricie y que duerma,
que no llore, que ría, que me diga—"¡Te quiero!"—
y que se haga la enferma...
—Yo quiero un mono, un gato
y un conejo parlante.
—Yo una rana y un pato.
—Yo quiero un elefante.
"Y tú, ¿qué caramelo,"
interrogó la vieja y acarició la blonda
melena del más grande que con mirada honda
por la ventana abierta se confesaba al cielo.
Y dijo el pensativo:
—Aquella luz, aquella
que está allá arriba, abuela, tan pálida, tan bella,
que me la traigan...
—Loco, ¡si eso es una estrella!

EL ENCANTO DE TU BOCA

Me gusta ver tu boca, tu boca margravesa,
tu boca capitosa de virgen inmortal;
me gusta porque es noble como de una princesa
muy palida, muy joven y muy espiritual.

Me gusta ver tu boca simétrica y exigua
con el milagro eterno de su humedad labial;
me gusta porque siempre su gracidad antigua
evoca una extinguida nobleza señorial.

Me gusta ver tu boca por su anticuada eutesia
que hoy ya la desconocen las hijas de París.
Tu boca te la envidian las Hebes de la Grecia
y todas las marquesas traviesas del Rey Luis.

Me gusta a mí tu boca cuando en las noches frías
te duermes en silencio sentada en el sillón,
con el librito dócil de cándidas poesías
abierto en tu regazo como en adoración;

Porque es cuando la veo moverse lentamente,
pugnando por abrirse con lentitud ducal
para enseñarme entonces, sonámbula, inconsciente,
tras de los dientes lácteos la lengua de coral.

Lengua maravillosa tu lengua que se finge
el badajito cárneo de un ícono bucal
y que armoniza siempre la voz de tu laringe,
la voz de tu invisible campana de cristal.

Cuando en las horas tibias de señoriales lises
renuevas en tu piano sintiéndote feliz,
esa romanza alegre del tiempo de los Luises
que te enseñó la abuela de la peluca gris.

El aria antigua y clara, surgiendo lenta y suave
de tu interior campana que no se deja ver,
diríase el gorjeo pianísimo de un ave
perdida en una fronda de luz y de placer.

Cuando en los vesperales y lánguidos crepúsculos
en el oblongo escaño tan amplio del jardín
te sientas y me lees tus cándidos opúsculos:
"El novio de las garzas" y "El alma de un jazmín".

Las sílabas que enhebran en sibilino juego
los plectros de tu lengua flexible de coral,
salen con la elegancia del aticismo griego
y tienen un latino sonido musical.

Cuando en las horas santas en el reclinatorio,
cual pálida novicia, delante de la cruz
te observo que renuevas ese jaculatorio
"credo" capitoso mirando hacia Jesús,

Tu boca se diría que se espiritualiza,
se te hace hasta insonora tu cristalina voz,
y de tus labios rojos también se volatiza
esa humedad sangrienta como una ofrenda a Dios.

Y cuando en los propicios y tibios mediodías
yo te hablo largamente de mi serenidad,
de mis azules sueños, de mis melancolías,
de mis rebeldes ansias y de la eternidad;

Y tú cual si comprendes, y tú cual si adivinas
que cuando así te hablo me duele el corazón,
te vienes y me pasas tus manos sibilinas
por mis dolidas sienes en muda exhortación.

Mis ojos en tu boca se fijan de repente
y esperan la palabra como en imploración:
esperan que a mi nombre pronuncie lentamente
con la inflexión divina de una conjuración.

...Es cuando más me gusta tu boquecita bruja,
tu boquecita antigua de cálida humedad;
porque al decirme "Pepe" parece que dibuja
dos besos sucesivos de amable gravedad.

EGO SUM

A Armando Marchand

Oh, cuán bello es saberse indiferente
a la mentira humana y ser un bueno
para toda verdad y ser sereno
con un poco de luz sobre la frente.

Sentirse águila blanca en el aleve
páramo del destino cruel y adverso;
volar por el azul pensando el verso
y escribirlo después sobre la nieve.

Escribirlo después sobre la fría
página de la nieve y al medio día
ver como el sol, al par que lo liquida
con la caricia tibia de su ala,
le dice con amor: — "Verso, resbala
a humedecer el valle de la Vida".

Oh, cuán bello es vivir en la ignorancia
del mal; saberse bueno y verse el alma
como una flor que en actitud de calma
desparrama su cándida fragancia.

Y verse un argonauta en el risueño
mar de la inmortalidad, que en la ligera
góndola de marfil de la Quimera
navega hacia la Atlántida del sueño.

Navega hacia la Atlántida y navega
en la góndola azul, pero no llega,
aunque en el fondo, fascinante y bella,
él la ve sobre el mar como un lucero
como un incandescente reverbero,
como una grande luz, como una estrella.

Oh, cuán bello es saberse diferente
de aquello que nos es bueno; ser sensible,
misteriosamente cándido, apacible,
y sentirse vivir serenamente.

Verse un pájaro blanco que al risueño
imperio de la luz va a la mañana
y desde allá con gratitud desgrana
el racimo doliente de su ensueño.

Conocerse un discípulo elegido
del Dolor y del Bien y del Olvido,
y un sacerdote fiel a la Armonía;
y adivinarse adentro un alma fuerte
para decir:— "Es hija de la Muerte
y es hermana de la Melancolía!"

LUMINOSA

Es día de garúa. La tierra exhala como
un gran aliento denso que flota como un velo.
Sobre las aguas tardas se mece un humo plomo
y desde la mañana se ha puesto gris el cielo.

Oh; ven, hermano nuestro: Rodiemos a estos sanos
carbones encendidos que dan tan buen calor,
y al par que se calientan nuestras moradas manos,
cuéntanos tú la linda leyenda del pastor.

(EL)

Era un pastor muy joven y era un pastor divino
de la Sicilia antigua que era patria del vino
y de las mieses rubias; que tenía campañas
olorosas y verdes, que tenía montañas
con ciervos y con corzos y frondas que escogía
la alondra pensativa para cantar al día
y enamorar al sol...
Y sobre todo había
un cielo azul y limpio que hablaba la armonía

Aquel pastor era hijo del dios de la elocuencia
y de una bella ninfa y tenía la anuencia
de las siete parnásidas. Estaba protegido
por Apolo y por Hermes y él era el elegido
discípulo de Pan.
El semidios sabía,
por carisma divina, la secreta armonía
de las églogas rústicas y la gran melodía
de las flautas de caña. Nadie como él sabía
imitar en los tubos el humano lamento,
la salmodia del agua o la risa del viento,
el rumor de los pasos de una driada que vela
o el desleír sonoro y feliz de Filomela.

El se llamaba Dafnis.
Cuando Dafnis soplaba
en su siringa dócil y bien ejecutaba
sus armoniosas nomas y cuando recitaba
sus inspirados himnos, el sol mismo adoptaba,
una actitud de éxtasis, — ¡Se embebía la Vida! —:
la alondra en el espacio quedaba suspendida;
las auras suspiraban como sugestionadas
y las preclaras ninfas venían encantadas
a acariciar al dios...

Y así fué como un día
al oir el desgrane de la gran pedrería
invisible y triunfante de la flauta de caña,
en el fondo del valle suspiró una montaña.
Y así como un día de placer una rosa
sollozó y de repente se volvió mariposa,
y un clavel que era blanco como un cándido ampo
se sintió con dos alas y voló sobre el campo
hecho un pájaro azul..

¡Oh, el amor!
Una noche
en que hacía el gran Dafnis abundante derroche
en honor de Artemisa, de una gruta insoñada
una ninfa muy bella peregrinó encantada;
una ninfa muy rubia que enamoró la grata
armonía divina de la gran serenata.

Y era joven y blanca la virgen, y era tanta
la alba luz que dejaba como estela su planta,
que el pastor dijo al verla:—"Es demasiado bella
para ser una ninfa: ¡Debe ser una estrella!"

Y venía la virgen, y venía, y venía,
a saludar al ave que tan bien desleía...
Y venía la virgen por el valle como una
mariposa de luz o un pedazo de luna
para dar al flautista de beber la ambrosía
de sus labios de miel...
Y venía, y venía...

Entonces Dafnis bello se irguió y fuése al encuentro
de la encantada ninfa tan cándida del cuento,
y como el soplo dócil y alentador detuvo,
la risa gargarina se suspendió en el tubo.

Y dijo:—¡Salve, ninfa!
Y dijo:—Es infinita
la alegría inefable que me da tu visita.
Loada sea por ello la espuma de Afrodita
y deificada sea la flauta favorita
del luminoso Pan...
Oh, hermosa, dí ¿Quién eres?
¿Te encontraron desnuda como a nuestra Citeres
en la orilla del mar?
Como un ampo de nieve,
te encontraron metida en el ánfora breve
de una gran madreperla? Como un copo de harina,
reemplazando en el hueco a la perla marina?

Detúvose la virgen y deliciosamente
se respingó el cabello, se acarició la frente;
disimuló en sus labios un poco de saliva
con su divina lengua para aumentar la viva
coloración sangrienta, y en un gran gesto ambiguo,
curvó ligeramente su hermoso busto antiguo,
tapando con sus manos el seno descubierto
que se mostraba terso por el corpiño abierto.
El blanco seno diestro que fingía desnudo
un globo de cristal...
Después hizo un saludo.

Y la ninfa era joven y tan blanca y tan bella
que fingía en la noche un pedazo de estrella:
por su frente de lirio, sentimental y breve;
por su barba de leche, por su nuca de nieve
por la tersa escayola de su garganta fina
y sus rizos de plata y sus sienes de harina.
Por el marfil vetado de su armonioso flanco,
por sus corvas de yeso, por su corpiño blanco
y la claridad láctea de que se hinchaba lleno
el cristalino globo de su impecable seno.

Y la voz de la núbil era lenta y era suave;
su paso era insonoro, su mirada era grave;
era azul la celada humedad de sus pupilas
y sus venas violetas y sus ojeras lilas.

—Salud, pastor, y gracias. La risa de tu caña
te confiesa tan fácil y de tan poca maña,
tan discreto y tan dócil, que yo, sin conocerte,
salí a la medianoche para venir a verte.
—Pastor, ¿cómo te llamas?
—Yo?: Dafnis; y a tí, hermosa,
que nombre te pusieron?
—A mí?: La Luminosa.

Y Dafnis:
Bella amiga: Cuando se anuncie el día
y ensayen en las frondas su primer melodía
las gargantas de pluma; cuando aún sea incierto
el despertar del alba y en el azul abierto
se ahonden las estrellas, de la mano saldremos
a la pradera umbría y allí bautizaremos
nuestros cansados ojos con la humedad del cielo.
Saldremos de la mano... ¡Saldremos! Sobre el suelo
recogerán tus dedos rocío... Beberemos,
y luego en la amplia fuente los dos nos bañaremos.

Ah! mira allá, en el fondo. No ves aquella loma
como una espalda inmóvil tras de la cual asoma
la luna el doble cuerno? Ese es una montaña.
A esa montaña iremos. Yo llevaré mi caña.
Recogeremos flores que llevarán tus manos.
Iremos... llegaremos..... y como dos hermanos,
allí nos sentaremos.

Y entonces, asombradas,
nos hallarán arriba las ruidosas bandadas
de mis palomas grises. Del valle implorativo
contemplará tus ojos el ojo pensativo
y profundo de la fuente. Veremos las enhiestas
gargantas de los montes de poderosas cuestas
y los tupidos bosques y los ligeros flancos
a donde voy de caza con mis lebreles blancos.

Y cuando del palacio de plata en el alado
corcel vuele la diosa del manto azafranado,
abriendo con sus dedos de marfil y de rosa
la bandera del día, yo, ¡oh, mi Luminosa!
saludaré cantando la frente esplendida
y soplaré en mi flauta la norma de la Vida
y el himno de la luz...

De repente un ladrido
se prolongó en las sombras...

—Oh, Dafnis ¿has oído?
—Sí; es mi mastín overo que está de guardia, pero,
por qué tiembla tu seno y se ahonda el lucero
de tu pupila glauca? Ven, ninfa, ven... no puedo...
—¿Oyes? Diana me busca. Pastor, yo tengo miedo.

Y la ninfa dió un salto; se arrugó, con premura
arrancóse el corpiño, registró la llanura,
y arañando sus piernas en las zarzas aleves,
enfiló dando un grito como un corzo de nieve.

En las sombras de nuevo se prolongó un ladrido,
y en seguida, del bosque, con el arco tendido,
más ágil que una cierva, terrible, presurosa,
goteando agua salada la punta fuego y rosa
de su inviolado seno, hizo irrupción la diosa
con sus ochenta vírgenes...
¿Dónde está Luminosa?
¿Dónde está mi ninfa, pastor? — demandó Diana—
Y Dafnis:
—Luminosa? Yo no sé, capitana.

De repente en el séquito: "Oh! Ved allá ¿Qué es eso?"
prorrumpió dando un salto y dibujando un beso
con su boca divina de manzana y de guinda,
una ninfa muy ágil, y muy alta, y muy linda,
que tenía las manos sonrosadas y tiernas
y castaños los ojos y morenas las piernas.

Y era que hacia el fondo del valle se veía
como una grande cierva que corría y corría,
muy ligera y tan blanca que en el coro una bella
Calixto preguntó:
—¿Se cayó alguna estrella?

Y Diana:
—Vedla. Es ella que escapa hacia los cerros.
Mi flecha no la alcanza; pero..... ¡Largad los perros!
Largadlos... azuzadlos...
—Lux, Viola, Leal, ¡Opa!
Y a la caza, de golpe, partió toda la tropa.

Después hubo un silencio. Pasó la medianoche.
Se ahondaron las estrellas. La Aurora enganchó al coche
del Sol los machos áureos. En la amplia fuente un fuerte
color adquirió el agua de su pupila inerte.
Volaron las palomas en dirección al río,
y se volvieron perlas las gotas de rocío.

"Y Dafnis? Se fué Dafnis que no está ni en la loma
ni en la fuente del valle? — preguntó una paloma
que se había cargado de rocío en el vuelo
a un pájaro amarillo que remontaba al cielo
cantándole a la luz.

Y el pájaro amarillo:
—Acaban los pastores de hallar su caramillo
caído entre las zarzas. El ánade comenta
la blancura de nieve y el olor como a menta
de una ninfa asustada, que anoche en nuestra fuente
se detuvo jadeante para mojar su frente,
para enjuagar su boca, para lavar sus piernas...
Se habla mucho de risas y de palabras tiernas,
de gritos, de ladridos y de no sé qué tropa
magnífica de vírgenes cuyas escasas ropas
dejaban ver sus amplias espaldas redondeadas,
sus flébiles rodillas y sus corvas rosadas...
Ah! ¿No sabes que la alondra — la de piquito rosa —
ha visto que él corría gritando: Luminosa....
Luminosa...

—¡Silencio!
Y suspendió a la salva
unánime de cantos que saludaba al alba,
como una voz cansada, distinta, clamorosa,
que venía del fondo nombrando: Luminosa...
Luminosa... Luminosa...

¡PRIMAVERA!

Las golondrinas vuelven...

El otro año, cuando tú te fuiste,
sin paz lloraba en mis desiertas eras,
viendo aumentarse en un augurio triste
el misterioso mal de mis ojeras.

El mes de nieve con su aliento frío
en un asombro congeló mi estanco,
y en mi viudez se me volvió sombrío
mi acento indócil y el cabello blanco!

¡Voy a morir!—me dije—¡Y qué temprano!
y ya en la noche del no ser me hundía,
cuando en la frente me oprimió una mano...

Oh; no te asombra al verme todavía
con mi sangrienta sien—como un hermano—
en las rodillas de la amada mía?

LOS BUSCADORES DE ORO

Amada; oye este cuento:
El se sentía
cansado ya de andar. Era una senda
que no acababa nunca... y no sabía
si seguir o volver hacia su tienda.

El sol me ha puesto pálido, mi grito
—pensaba—no se oirá. ¿Será infinito
el árido silencio de esta senda?
...Y me muero de sed y necesito
para mi mano herida alguna venda!

Después, con voz de miedo, suplicaba
a su guía interior:—"Alma ¿no es hora?
El pan se me acabó
y no hay más agua ya en mi cantimplora...
Y el guía contestaba:
—"Sigamos, amo; todavía no

Desanimóse el sol. La noche fría
se prolongó sin paz y cuando el día
lo escupió luz y la siguió vencida,
por el camino angosto, todavía
iba aquel hombre de la mano herida.

Alma, ¿ya es hora?—suspiraba—He hecho
tanto camino que no puedo más...
Y contestaba el guía:—"Falta un trecho;
sigamos, amo, sin mirar atrás...

Oh, tú mi amada de las uñas finas,
los ojos de salud y las divinas
manos que saben colocar la venda
sobre las llagas, a que no adivinas
quién era el hombre que lloró en la senda?

¡Y todavía piensas! Mi tesoro,
¿sabes quién era?:
Un buscador de oro.

Y bien, amada; por la misma vía,
muerto de sed y con la mano mía
vertiendo sangre en silencioso lloro,
hasta encontrarte, con el mismo guía
yo fuí también un buscador de oro.

DESESPERACIÓN

Ve al musgo; recoge aquel lirio blanco y
dile:—"He aquí mi ofrenda".

Amala siempre!... ¡siempre!—me decía
la carta luminosa del Maestro—
No le hagas nunca mal. Que tu poesía
para ella sea como un padrenuestro.

Que de tu boca de mortal no salga
ni un grito de reproche.
Para su amor sé dócil como el alga;
si quieres siempre que con risa grata
la luna de su bien te vierta plata
en medio de tu noche.

Y dile con bondad: ¡Seré tu hermano!
De mi ilusión el pórtico te he abierto.
Oh, mi adorada, ven, que de la mano
te llevaré por la quietud del huerto.

Ya es tiempo de vivir... Amada, ¡entra!
Aquí está el cisne de la boca breve
que la caricia de tu boca implora.
Aquí es la juventud. Aquí se encuentran
en dócil primavera
la rosa de Borbón y el lys de nieve,
y en actitud de espera,
está en su lago azul mi garza mora!

Y dile: ¡Te he elegido! Ven... yo mismo
te llevaré. Ya es hora
que en mi cansada sien me de el bautismo
tu lágrima incolora...

Oh, apóyate en mi flanco
y vayamos despacio de manera
que no nos oiga nadie desde afuera...
—Discípulo, sé blanco!

Y será que si nunca le haces daño
para tu mal te brindará la malva
su curativo bien con cuyo baño
se irá la angustia de tu noche calva.

Obedecí; fuí blanco... fuí más blanco
que el lirio de su sien, que el impoluto
nenúfar de su mano...
Fuí más blanco que el ánade absoluto,
gentil y pensativo de mi estanco,
¡Qué bello es ser hermano!

Obedecí; fuí bueno... fuí tan bueno
que nunca le decía
ni una sola palabra que pudiera
desvergonzar su seno:
Ella era toda luz... y yo sufría
la dicha que no espera.
Y me olvidé del mal. Sobre la austera
inquietud de mi faz se hizo una franca
sonrisa de salud.
Yo la amaba con paz de tal manera
que el amor era en mí una misa blanca.

Por eso fuí feliz. Yo la adoraba
con cándido entusiasmo... hasta que un día
en que en el huerto nuestro conspiraba
una atmósfera cálida y se olía
un aroma sensual como el de un ramo
de exceso y de mareo,
al darle un beso, por decirle:— "¡Te amo!"
le dije sin piedad:—"¡Yo te deseo!"

Ella fué débil. No ensayó siquiera
un gesto de no dar. A mis antojos
obedeció sumisa...
Y fué como un asombro el que sufriera
el abismo profundo de los ojos
de mi sacerdotisa!
Y hoy, aunque está a mi lado, siempre bella,
oigo al dolor que dice:—"¡Ella se ha ido!"
y al alma que murmura:—"¡Esa no es ella!"
Oh; decidme, Maestro, ¿la he perdido?

Y si dices que sí; si ha terminado
la misa de su bien, si ya es preciso
que le enseñe a olvidar porque el pecado
desencantó la hora;
porque vuelve el dolor, porque se hizo
de nuevo medianoche...
¡Qué hago ahora!

———

AMENAZA

Escribeme en seguida. Un infinito
deseo te reclama. Necesito
las palabras que expliquen tu mutismo.
No importa que tu carta sea un grito
que me haga mal... ¡Escríbeme lo mismo!

Muy presto, sin tardanza, ¡ahora mismo!
escríbeme por tí, si con cinismo,
no quieres que una voz: "Ya no lo aguardes"
—te diga sin piedad—"Fué tu egoísmo
que asesinó la estrella de tus tardes".

¿Tiemblas? Ah, cómo sabes que consuelo
falto de mí no encontrará tu cielo
para su sed y su dolor perversos,
que hicieron en el mal de su desvelo
un vicio del ajenjo de mis versos.

Entonce, ¡escríbeme! Quiero en mi mesa
sin tardanza encontrar la carta esa,
fingiendo sobre el hule un lirio inerte;
porque sino, dañina satiresa,
hoy mismo te castigo con mi muerte!

EL ÚLTIMO VERSO

Después de tu desgracia, yo no puedo
ser fiel a la palabra que te diera:
Tus besos me hacen mal y me da miedo
la noche que amanece en tus ojeras.

Después de tu caída, del maldito
pecado irremediable, necesito
eludirme a tus ojos y ocultarme
donde tú no me alcances con tu grito
y tus manos no puedan encontrarme

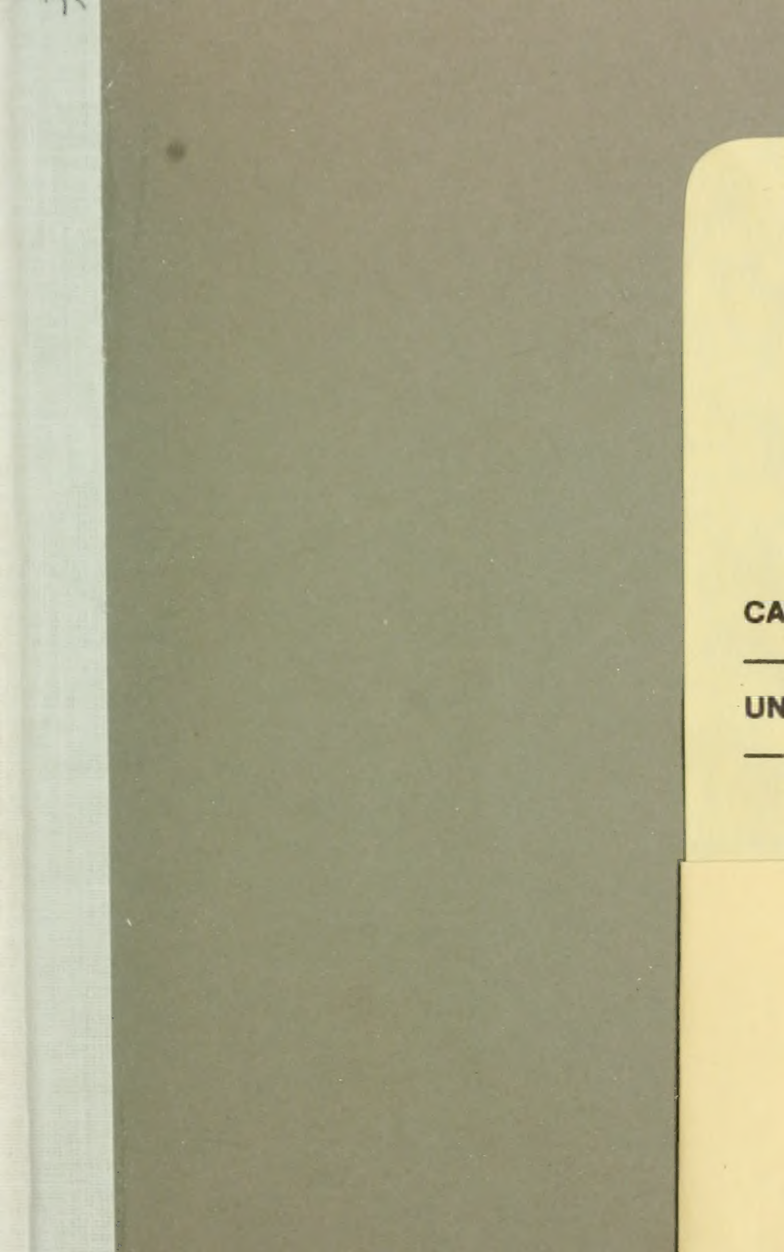
¿Que yo fuí el violador? ¡Eso es mentira!
Yo nunca te hice daño, y sino, ¡mira!
¡Qué blanco soy, verdad? ¡como tu frente!
El yo que te hizo mal odia a mi lira
y el verdadero yo se va inocente.

No me digas:—"Retorna"—, no me digas
entonces:—"Quédate"—ni me persigas,
para aumentar mi sed, por mis laderas
con las pálidas brujas enemigas
de la noche inmortal de tus ojeras.

Yo no iré a verte más porque no puedo
decirte sin temor: "Hermana, ¡salve!"
Has caído muy hondo... Me das miedo...
¡Que Dios oiga tu grito y que te salve!

ÍNDICE


SEMANARIO INDEPENDIENTE
"EL POPULAR"
Sarmiento 584 - Galvez F.C.C.A. y S.F.


CA
UN

